

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Medio siglo de dinastía Catriel (1825-1875).

Marcelino Irianni.

Cita:

Marcelino Irianni (2005). *Medio siglo de dinastía Catriel (1825-1875)*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/71>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Medio siglo de dinastía Catriel (1825-1875). Biografía.

Marcelino Irianni

El día 15 de setiembre, quise asistir a la fiesta de los pampas; pero Avendaño me dijo que era mejor no ir hasta el tercer día, porque los dos primeros eran iguales al último y además eran menos solemnes. El 17, el lenguaraz y yo nos encaminamos hacia el lugar de la fiesta, distante quince o veinte kilómetros del Azul. La fiesta se realizaba más o menos a un kilómetro del toldo del cacique. Delante de nosotros veíamos caballos y vacas pastando por doquier, y más lejos un bosque de lanzas clavadas en tierra.

La tribu de Catriel entera, hombres, mujeres, chicos y animales, se había reunido en ese lugar para celebrar una gran fiesta religiosa. Los indios, llegados de todos lados, habían traído consigo sus toldos y sus utensilios de cocina. En efecto, era un interés general el que los movía a todos, porque desde hacía largo tiempo asolaba la región una gran sequía. Objeto de esta fiesta era, pues, el de rogar a las divinidades celestes que se dignaran enviar a la tierra un poco de agua.

Del lado del levante se veía una larga fila de lanzas plantadas en tierra y con la punta hacia arriba, formando un arco inmenso cuya concavidad estaba dirigida hacia el oriente. El número de lanzas correspondía a un número igual de guerreros. Hacia el medio del arco y del lado de su concavidad se encontraban dos magníficos caballos, uno blanco, alazán el otro, custodiados por dos muchachitos de doce a catorce años. Los dos caballos representan a las divinidades de los indios: la luna y el sol. Durante todo ese tiempo adquieren un carácter sagrado, y no pueden ser tocados ni montados sino por sus guardianes.

A unos veinte metros de la fila de lanzas se levantaban los toldos de los indios, hacia el medio de la primera fila se encontraba el toldo del cacique, un poco más grande y más confortable que los otros, pero construido de igual manera. Delante de la tienda real habían colocado un gran dosel de tela blanca sostenido por cuatro lanzas clavadas en los extremos. Bajo ese dosel estaba el sillón presidencial y cinco o seis asientos más, que consistían en cabezas de vaca y de caballo recubiertas con pieles. Estos asientos estaban destinados al cacique y a los principales dignatarios de su tribu. Seis o siete filas de mantas o pieles se extendían en el suelo en semicírculos concéntricos delante del dosel, destinados a los capitanejos y principales indios de la tribu que debían reunirse para el consejo.

Habiendo terminado nuestra recorrida, nos acercamos a Catriel, y éste ordenó hacer una especie de toque con una clarinada, nos advirtió que iba a empezar la fiesta. Las indias se acercaron en grupos a la fila de lanzas y empezaron a pasearse de un extremo a otro de la pista semicircular. Hacía casi dos horas que duraba ese extraño paseo, cuando el clarín se hizo oír de nuevo.

Entonces el cacique se sentó en su trono, cubierto con un poncho azul oscuro salpicado de cruces blancas y nos invitó a tomar lugar a su lado. Los notables de la tribu empezaron a llegar. Cada uno se acercaba a dar la mano a Catriel, le dirigía algunas palabras e iba a sentarse sobre la alfombra. Estos breves diálogos duraron más de media hora y se repitieron unas cincuenta veces.

Un profundo silencio reinaba en la asamblea; todas las miradas estaban fijas en el jefe supremo, cuando éste tomó la palabra y pronunció una arenga que duró más de media hora sin interrupción. Hacia las cinco, nuevamente sonó la tompeta. Las mujeres se retiraron a sus toldos y todos los hombres montaron a caballo y fueron en busca de sus lanzas. Cuando estuvieron montados y armados, se formaron en escuadrones fuera del campamento, cada

uno bajo el mando de un caciquillo o un capitanejo. Delante de todo el ejército iban los dos caballos sagrados montados por sus guardianes. Inmediatamente, venía el cacique en un soberbio caballo blanco que había merecido el carácter de sagrado el año anterior. Era un espectáculo realmente imponente ver reunidos a todos esos indios de rostro salvaje, empuñando sus largas lanzas y montando caballos a veces recubiertos enteramente de plata, cuando sus jinetes iban semidesnudos o vestidos de sórdidos andrajos. Catriel llevaba en la mano su gran sable con empuñadura y vaina de plata. Vestía chiripá amarillo y cubría sus hombros un poncho azul con cruces blancas. Llevaba un flamante quepís de general, que contrastaba de manera singular con el resto de su vestimenta. Algunos de los jefes subalternos usaban también quepís, pero viejos y de todos colores, cuando no chambergos, y en la mano un sable herrumbrado.

Cuando los escuadrones estuvieron formados y en orden, el cacique hizo una señal con su sable y, al instante, un alarido formidable salió del pecho de mil quinientos indios. La tropa se puso en marcha y dio tres veces la vuelta al campamento a galope tendido, siempre gritando y golpeándose la boca con la mano. El objeto de ese salvaje clamor era el de echar fuera el gualicho del campamento, si es que allí se encontraba. Después de la tercera vuelta cesaron los gritos, y Catriel declaró solemnemente que la fiesta había terminado.

Mucho ganado; caciques y capitanejos adornados con prendas de los blancos; solemnidad y demostración de poderío. Armaignac jamás imaginaría, en medio de aquella experiencia que vivió entre los indios pampas cuando corría el año 1872, que cinco o seis años más tarde aquello no sería más que un lejano recuerdo.

Juan Catriel, 'el viejo' (1775-1848)

Catriel nace alrededor de 1775 en los pagos de Tapalqué, en algún lugar de los actuales partidos del mismo nombre y Olavarría. Hijo de Casuel, con el tiempo se convierte en el fundador de la dinastía catrielera de los indios pampas. Juan Catriel tuvo como su segundo a Cachul, ambos jefes de tribus antes de reducirse en Salinas Grandes, con Ripil, Carupan, Cañumil, Tripallao y otros. De tez amarilla cobriza y corta estatura, Catriel el viejo era bien proporcionado, aunque de piernas arqueadas. Llevaba el cabello largo, cortado en cuadro en la frente; su cara era achatada y de mirada inquieta, aunque fija en el horizonte. Su barba rala.

Las primeras referencias importantes de Catriel en territorio pampeano lo ubican en la década de 1820 llevando a cabo algunas correrías junto a los caciques Calfiáu y el gaucho Molina en 1823. Sin embargo, todo parece indicar que Catriel podía sopesar los distintos esfuerzos (y sobretodo resultados) que le acarrearían malonear o recibir regularmente víveres del gobierno. Un antecedente importante en la vida de los catrieleros lo encontramos el 7 de Marzo de 1820, en la Estancia Miraflores de Ramos Mexía, donde Martín Rodríguez entabla un tratado con los cacique Ancafilú, Tacumán y Trinín en nombre de una decena de caciques entre los que estaba Catriel. Recordemos que este tratado tuvo lugar en momentos en que se logra el acuerdo de paz entre Buenos Aires y Santa Fe (tratado de Benegas) que traía confianza para reanudar tareas rurales. Tratado significativo dado que esa confianza en reanudar las tareas pecuarias se traducía en un avance hacia el corazón de las mejores tierras pampeanas, entonces en manos de los indios.

Sin embargo, las actitudes de los indios que poblaban la pampa distaron de ser idénticas respecto al avance de la frontera blanca. Las distintas parcialidades, más allá de una primera distinción entre amistosas y rebeldes, presentaron actitudes diferenciales incluso al interior de los dos grandes bandos. Estas respondieron a coyunturas cambiantes, personalidades de los caciques y los coroneles del ejército, e incluso a que algunas tribus entrevieron la posibilidad de mantener su bienestar multiplicando el comercio con los pobladores pioneros que se instalaban cerca de los fortines. Al decir de Rómulo Muñiz, los pampas eran más astutos y diplomáticos que los ranqueles; sabían encubrir con más sagacidad sus intenciones. Amigos por provecho, no vacilaban en quebrar las alianzas y tratos, según cambiaran las circunstancias. Tal plasticidad, no cabe duda que la adquirieron a causa del contacto más frecuente con los cristianos.

Así, cuando en 1822 el coronel Pedro Andrés García recorre la provincia o cuando en 1826 el coronel Rauch recorre la zona centro sud, y mientras Yanketruz avanzaba por distintos territorios alzándose con ganado, lo acompañaban en calidad de aliados un regular contingente de indios pertenecientes a la tribu de Catriel. ¿Qué llevó a estos caciques a negociar y colaborar con los blancos? Una posibilidad estriba en que aquellos visualizaran en lo mediato un equilibrio de poder frente a otros caciques como Yanketruz. Como fuera, un par de años más tarde Catriel colabora con Rosas en su campaña al desierto junto a Cachul con 1.500 indios de lanza como auxiliares y baqueanos. Catriel sabía, al igual que Rosas, que lo que se conquistaba no era un desierto, pero probablemente también que su parcialidad no podía controlar un territorio tan extenso y era inevitable el avance de otros grupos sobre sus recursos.

Cuando comienza la tercer década, una gran sequía se extiende en el escenario que nos

ocupa entre 1829 y 1832 trayendo hambre a blancos e indios. Es casi imposible no sospechar que tres interminables años de agonía y rogativas (nguillatún) no correspondidas por Pillán, el dios sol, debieron madurar la idea de que los blancos podían traer un alivio a su gente. Según un censo que manda a elaborar Rosas en 1832, la población indígena ascendía a 2559, de los cuales 1742 eran gente de Catriel y el resto de Cachul, Railef y otros. En plena sequía, en el transcurso del año 1829, 200 lanzas catrieleras luchan contra Lavalle.

Cuando promedia la tercera década del siglo XIX, las tribus de Catriel y Cachul, aliados del gobierno, vivían a orillas del arroyo Tapalqué. Los ranqueles, independientes, habitaban las tierras que van desde el sur de Córdoba y San Luis hasta el Nahuel Mapu; un tercer grupo aliado habitaba las tierras que van desde Guaminí hasta el oeste: los borogas. Entonces Catriel recibe la promesa de tierras a perpetuidad que le hace Juan Manuel de Rosas. La promesa de tierras debió tentar fuertemente a Catriel. Si las cartas y referencias que enlazan a los caciques amigos con los distintos gobiernos hacen repetida alusión a que los primeros harían trato siempre y cuando estuviese tal general o que sólo se sentarían a considerar una propuesta si participaba tal persona, podemos sospechar que la posición del cacique Catriel se asemejaba bastante a la de cualquier otro caudillo provincial. Si aquellos se apoyaban en el manejo de un recurso económico y su gauchaje, este se apoya en primer lugar en un aparato militar de 1500 lanzas al mismo tiempo que amenaza con dificultar el desarrollo de la ganadería (y el poblamiento) en el centro de la provincia de Buenos Aires.

El gobierno era consciente que las diferencias existentes entre las parcialidades que habitaban la pampa jugaban claramente a su favor. A la disminución de un bloque

peligrosamente masivo, se unían los beneficios de que los aliados eran informantes y eventualmente socios en escarmientos a los indios rebeldes o enemigos políticos. Pero las parcialidades amistosas sabían que la situación asumida los presionaba hacia una simbiosis creciente con los blancos, dado que eran presa de potenciales ataques por parte de los grupos enemigos. Cuando observamos que las parcialidades amigas se instalaban en los alrededores de los fortines, podemos pensar que resguardaban el núcleo de asentamiento al mismo tiempo que se abrigan, a manera de campesinos feudales, de esos posibles ataques. La memoria de los caciques amigos no olvidaba la primavera de 1834 cuando varios escuadrones de indios chilenos llegaron a los toldos de los borogas y los exterminaron asesinando a los jefes Rondeau y Melín. Dos años más tarde atacaron las tolderías de las tribus reducidas de Tapalqué. La figura de Calfucurá había llegado para instalarse definitivamente en la pampa.

Mientras negocia su situación personal, tratando de distender los problemas internos de su gente y la relación con otras parcialidades, Catriel forma su familia, asegurándose descendencia. Se casa con Juana Sosa y tiene dos hijos, Juan y Juan Manuel. El primero, que le sucederá en 1848, tuvo a su vez cuatro hijos, Cipriano, Juan José, Marcelino y Matilde. En 1835, Catriel está ubicado con su gente a orillas del arroyo Tapalqué y es un inconfundible aliado del gobierno porteño. Participa el 7 de Noviembre de 1839 de las acciones bélicas en Chascomús y ayuda al Restaurador contra la Revolución de los Libres de Sud. En 1840 Rosas le entrega tierras en el arroyo Nievas y esto hace pensar al cacique que su colaboración ha conseguido el resultado buscado: un lugar en el mundo, un pedazo de la pampa que no podrá ser discutido ni reclamado por nadie, ni siquiera por otras parcialidades. El negocio no puede ser mejor; ha adquirido tierras inmejorables y las puede

poblar de buena hacienda (en sus tratados con el gobierno consigue una yegua cada 40 personas); su gente puede sobrevivir con las raciones que le enviará don Juan Manuel. Resulta sorprendente observar que uno de los representantes de 'los dueños de la tierra', haya optado por legalizar y minimizar una situación que la tradición por si mismo le otorgaba.

Como fuera, Rosas convirtió a Catriel el Viejo en un personaje aceptable para la sociedad porteña, amigo y defensor del régimen y presto a apoyar al dictador ante la menor dificultad. Tal es así que Catriel con su familia y comitiva viajan a la ciudad de Buenos Aires en 1834 y 1835. En el primero de los viajes permanece en la ciudad un par de meses para recibir tratamiento médico y reside en una casa alquilada para tal fin. En el segundo viaje, protocolar, Catriel es acompañado por 21 lanceros para saludar personalmente al gobernador Rosas en su asunción con la suma del poder público.

Catriel el Viejo era no sólo confiable para Rosas sino modelo y referencia al momento de acercar a otros caciques. A tal punto que en una cláusula del Tratado de Paz con Painé en 1840 se dice: "puede venir Painé o algunos casiques a Tapalqué a verse con Catrié y demás casiques amigos míos, para oír de bocas de ellos quien soy yo". Esa amistad se traducía en bienes que el Estado entregaba a Catriel en forma periódica. En 1845 esa ración constaba de lo siguiente:

"Para el casique Catrié:	
1 docena tarros de ginebra	40
10 arrobas tabaco negro	50
28 botellas caña	140
20 pesos jabón negro	
30 pesos pan	
4 mantas de paño punzó buenas	160

4 calzoncillos lienzo asargado	40
4 camisas i. tablón	36
1 sombrero de felpa fino	70
4 pañuelos de algodón a cuadros grandes	16
36 botellas de vino carlón	90
....arros	8
1 y cuarto azúcar	60
5 arrobas yerba paraguaya	300 ¹

Poco tiempo después se agregan ollas y pavas de hierro, pliegos de papel y baldes, entre otras cosas. ¿Cuál era la situación que imperaba en 1840?. Rosas estaba agobiado por sus enemigos; después del levantamiento del sud y los bloqueos internacionales, continúa la lucha contra los unitarios y el sofocamiento de distintas rebeliones como la de Maza. Al mismo tiempo su modelo de ganadería extensiva estaba literalmente `agotado`. El mundo demandaba otros productos, pero para eso había que modernizar la estructura productiva tradicional. Con un Rosas acorralado en todos los puntos cardinales, es sabido que parte de su estrategia de amistad con los indios residía en el ahorro de energías y fuerzas militares en su cara sur. Y más aún, hemos visto que las parcialidades amigas desbordaban sus roles de neutralidad acudiendo en su ayuda en momentos de tensión política. Todo ello nos lleva a pensar que la estrategia de Catriel tuvo en cuenta esta coyuntura y supo aprovechar la necesidad del gobierno rosista para sacar ventajas económicas personales.

Pero al margen de que resulta evidente la paulatina pérdida de identidad étnica de los Catriel, la percepción del cacique tuvo dos errores, posiblemente irremediables. Por un lado su creencia en la inmutabilidad de las cosas cuando llega el equilibrio le relajó en la confianza de que Rosas estaría siempre en el poder. Esto iba de la mano de la probable percepción del mundo blanco como un bloque homogéneo. Catriel no podía sospechar que

¹ - Archivo Histórico de Azul, Legajo año 1845, nº 22.

a la caída de Rosas vendrían personas con otras ideas sobre el tratamiento con los indios. Pero Catriel no era economista ni estadista; su segundo error, probable, fue desconocer el avance del sistema capitalista y liberal en toda la región, producto de la incorporación a la economía internacional. Habíamos adelantado que la época de auge de los Catriel está moldeada en buena parte por un escenario con grandes espacios vacíos y de subsistencia, a la vez que un Estado dedicado a otras tareas más urgentes. Todo ello cambia en 1850, pero Juan el Viejo no lo llega a ver porque fallece en 1848.

Juan Catriel, el heredero (1848-1867)

A Catriel el Viejo le sucedió su hijo Juan, dado que el hermano Juan José prefirió dedicarse a sus haciendas. Parece claro que la familia Catriel estaba encaminada a convertirse en productora pecuaria, pero también que para que aquello resultase una realidad alguno de sus miembros tenía que retomar la posta dejada por Juan el Viejo y dedicarse a la política. El sucesor de Catriel el viejo no sólo heredó los privilegios de su padre sino que supo aprovechar otra coyuntura por demás favorable para sus negociaciones: la caída de Rosas y la secesión de Buenos Aires. Cuando en 1852 cae el gobierno de Rosas y las nuevas autoridades están dispuestas a cambiar su política con la indiada, Juan Catriel se ve obligado a recuperar transitoriamente su etnicidad desarropándose de las indumentarias cristianas. Enterado de la desertión de los jefes rosistas de fortines y del descontrol del gobierno ocupado del enfrentamiento con la Confederación, los catrieleros se ven obligados a salir a `cobrarse` las raciones que no llegaban a la toltería. Catriel se encuentra entre dos fuegos: por un lado no quiere descuidar a su indiada y por otro no quiere ensuciar tantos años de amistad y provecho con el blanco. A tal punto que fluctúa su

accionar con arreos de animales y pedidos de permiso al coronel Paunero para que permita salir a bolear a su gente que está pasando hambre. No tenemos dudas que Catriel posee hacienda que ha ido juntando por distintos mecanismos; el problema es que al cortarse el aprovisionamiento trimestral que realizaba el gobierno no está dispuesto a compartirla con su indiada; en el mejor de los casos lo hará con sus capitanejos y segundos que son los encargados de movilizar la gente.

En 1855, el gobierno decreta el traslado del Cantón Tapalqué a tierras de Catriel. Las tribus de Catriel y Cachul que acampaban entonces a pocas leguas de Azul hicieron notar nuevamente su presencia étnica, pero fueron aún más allá, se unieron a Calfucurá. Cuesta creer que después de casi cuatro décadas de amistad con el blanco, la dinastía catrielera mantuviese el estatus indígena intacto como para unirse a las parcialidades rebeldes. Los porteños se niegan ahora a darles la ración y esto se traduce en un problema para la economía personal de los Catriel. Entonces se alzan en rebeldía y Calfucurá los reúne en lo que se conoció como una verdadera Confederación de Tribus. Mitre, encomendado por el gobierno porteño y luego de sufrir alguna derrota, logra entablar nuevos tratos con Catriel. El Estado se obligaba a pasarles trimestralmente a Catriel y Cachul los siguientes artículos:

1200 libras de yerba 600 "" azúcar 500 varas de tabaco 600 cuadernillos de papel 2000 libras de harina 200 frascos de aguardiente 800 frascos de vino 72 botellas de ginebra
72 botellas de vino Burdeos 2 carretadas de maíz

200 yeguas

Pero quizá lo más importante reside en su artículo 6º, donde consta que se le concede el título de General y Cacique Superior de las tribus del Sud y el uso de charreteras de coronel (aparte de uniforme militar y sueldo) a don Juan Catriel. Los sueldos destinados al Azul en 1860, y dentro de ellos los de algunos indios, eran los siguientes

Un cacique mayor	1500
Un idem segundo.....	1000
Un secretario del cacique..	500
Cuatro caciques a	
550 ps. c/u.....	2200
Nueve capitanejos a	
440 ps. c/u.....	3960
Un lenguaraz.....	300
Otro idem.....	200
Tres sargentos a 140 ps.	
c/u.....	420
Un cabo.....	120
Cincuenta y tres soldados	
a 100 ps.....	5300 ²

Para tener una referencia sobre los sueldos en cuestión -obtenidos de la misma fuente-, digamos que el Coronel Comandante Militar de la Guarnición de Patagones cobraba 2.420 pesos y que un sargento mayor cobraba 1.190 pesos mientras que un capitán sólo 880 pesos. Queda claro que ni la sociedad blanca aceptaba que parte de su dinero fuese destinado a pagar sueldos a los indios, ni que el ejército pensara en perpetuar esta situación. En un momento de clara debilidad, el gobierno porteño acosado por el ejército de la Confederación, realiza la jugada extrema de acercar a los indios amigos hasta el punto de absorberlos institucionalmente. El Estado de Buenos Aires, desligado de las provincias pobres del país, contaba con recursos para hacerlo y Catriel con la inteligencia para aprovecharlo. Calfucurá entiende que sacará mayores provechos pactando con Urquiza.

² - REGISTRO ESTADISTICO DE BUENOS AIRES, año 1860. Tomo I, Imprenta Argentina de El Nacional, 1861. Pág. 138.

De tal modo, en la frontera sur nada se descuidó para hacer del cacique Catriel una especie de personaje, oficialmente revestido con las insignias de un general de la nación. Al convertirse en general argentino había adquirido algunas ideas progresistas. Así pues, en lugar de emborracharse con aguardiente se emborrachaba con cerveza. Se hizo construir una casa de tres piezas, con paredes de adobe, piso de tierra apisonada y techo de cinc, la cual entre los suyos pasaba por un palacio. Ebelot describe la situación en los siguientes términos. "Desde el fondo de esta mansión temida (refiere a la casa de Catriel), lo dirigía todo en la tribu, con precisión facilitada por el miedo que inspiraban sus procedimientos de justicia expeditiva. Por lo demás, si bien prohibió el robo en grande y a mano armada, dejaba amplio margen para el merodeo nocturno, que en detalle servía al mismo fin. Si alguien se presentaba ante el cacique y se quejaba de una bien probada fechoría de un hombre suyo, sorprendido por casualidad en flagrante delito, el quejoso recibía invariablemente la misma respuesta:

- Hermano, ¿por qué no lo matastes como a un perro?

Al igual que su padre, Juan Catriel también era bien recibido en la ciudad puerto. Nadie parecía recordar que Catriel había formado parte de la Confederación de Calfucurá y había avanzado sobre varias poblaciones cuatro años antes. A tal punto que cuando viaja en Enero de 1859, la comitiva es acompañada por el coronel Ignacio Rivas y su visita plasmada en periódicos como El Nacional. Más allá de la duración de la estadía (dos meses) y el gasto ocasionado (casi 20 mil pesos), llama la atención la variedad y calidad exigida en los productos que la comitiva consumió entonces. El cacique, su guardia privada y los capitanejos se albergaron en la Fonda Italiana, pero no faltaron salidas a veladas artísticas coches de alquiler por medio. Dos años después, Juan Catriel, Cachul y Calfucurá

volverán a la ciudad con motivo de finalizar la secesión.

Una parte de los indígenas fue alojada en el Cuartel de Extramuros, oficiando nuevamente de anfitrión el inefable comandante García, quien se encargó de proveerlos de todo lo necesario para su sustento, carradas de leña para los fogones, etcétera. La otra parte de la comitiva, que incluía al cacique, a su guardia personal y a los capitanejos, fue alojada en el Albergo de Italia. Este hotel, también conocido como Albergo di Génova o Fonda Italiana, estaba ubicado en calle San Martín 112. Dos años más tarde, el Albergo de Italia será el lugar elegido para hospedar a las comisiones enviadas por los caciques Juan Catriel, Juan Manuel Cachul y Juan Calfucurá, presididas por el hijo de este último, Millacurá, durante su estadía en Buenos Aires con motivo de las negociaciones que culminaron con acuerdos de paz entre el gobierno del presidente Bartolomé Mitre y Calfucurá a mediados de 1861.

Los productos que consumieron los indígenas en Buenos Aires son una muestra cabal de que la línea de frontera era virtual, imaginaria. Muchos de los recibos presentados corresponden a gastos de agua para baño, jabón y aceite de olor; limonada gaseosa, vinos franceses y cervezas inglesas. La visita de Juan Catriel y sus 23 acompañantes a Morón, realizada en el flamante ferrocarril que unía este punto con la estación El Parque, se realizó el 12 de febrero, y fue coronada con un almuerzo en el restaurante de comida francesa del Hotel de la amistad. Los platos con se deleitaron fueron pavo, palomas y paté de faisán, acompañadas por aumélete al rhum y ensaladas; regadas con cerveza inglesa, vino de champagne y jerez; duraznos, peras y anañá de postre; la sobremesa incluyó café, cognac y cigarrros habanos. Resulta frecuente encontrar citas que atestiguan la atracción que despertaban estas presencias indígenas entre los cristianos. Si en el Teatro de la Victoria la

gente no podía dejar de observar a Catriel, en una carrera de caballos se vio obligado a montar y dar una vuelta bajo los aplausos de la concurrencia. Una concurrencia que aceptaba a ese Catriel, semisalvaje, pero en territorio blanco; sensación que el cacique debió intuir y de la cual sacó réditos económicos y políticos impensables.

Su muerte debió producirse en Nievas, a fines de 1866 o principios de 1867. Acerca de sus exequias y dónde fue sepultado aún no se ha hallado su documentación. La guerra con Paraguay concentraba toda la atención de los periodistas de entonces. Sobre el óbito del famoso cacique, Ebelot refiere que murió “lleno de gloria, de cerveza y de años”, sin dar fecha ni otros detalles.

Cipriano y Juan José Catriel (1868-1879)

Muerto Juan Catriel, sus hijos Cipriano y luego Juan José emprenden todo tipo de negociaciones para intentar acomodarse a una coyuntura que les arrinconaba irreversiblemente. Al principio, Cipriano permaneció fiel a la Comandancia de Frontera del Azul, relacionado con la persona del General Ignacio Rivas. Según el francés Alfredo Ebelot, esta nueva época está signada por una serie de fracasos militares (Mitre y demás), a los que siguen un par de años -hasta la llegada de Alsina- donde el gobierno pensó que a los indios sólo los podrían vencer otros indios, inaugurando toda una serie de dones y contradones para entablar alianzas y enemistar las distintas parcialidades. Por último, entrada la década del '70, y en momentos en que los indios amigos participaban incluso de revueltas civiles, Avellaneda, Alsina y Roca decidieron transformar (posiblemente por que la coyuntura internacional así lo requería) la defensiva en una ofensiva final sin precedentes.

Cipriano fue, sin duda, más lejos que su padre y su abuelo. Tenía un secretario personal, también tildado de canciller, llamado Santiago Avendaño. Al principio, el cacique supo albergarse en casa de su secretario en plena ciudad de Azul. Era un gran estratega y muy inteligente para moverse social y políticamente. Ni bien asume el poder, reclama el sueldo de 1.300 pesos que le otorgaba el gobierno a su padre y la casa ubicada en calle San Martín. Era un hombre temperamental, robusto y con tendencia a engordar fácilmente, a tal punto que se movía de un lado a otro en una volanta por sus dificultades para cabalgar. Acerca de su primer encuentro con el cacique, el viajero Armaignac nos relata. “Pronto vi acercarse a nosotros un hombre de alta estatura y de una extrema obesidad. Representaba unos treinta años y estaba vestido como los gauchos, con poncho, chiripá y botas de cuero; llevaba la cabeza atada con un pañuelo que sujetaba su espesa cabellera, su cara era lampiña y su triple papada caía hacia su enorme abdomen. Era Catriel en persona.”

Al igual que sus antecesores, tuvo tres esposas y no vaciló en hacer bautizar a algunos de sus hijos. Desde un poco antes de que asumiera el poder de su tribu, esta se hallaba dividida en dos grupos, uno urbano y otro rural. En la primera habitaba el grueso de la tribu y en la otra, ubicada en la periferia de la ciudad, vivían unos 300 artesanos, peones ocasionales, baqueanos, lenguaraces y tejedoras. Juan Catriel y luego Cipriano, como hacendados absentistas (con una marca de hacienda que compartieron), alternaban en ambos asentamientos sin habitar ninguno de los dos; la casa, que usaron ambos, estaba ubicada en pleno centro de la ciudad de Azul.

En cierta ocasión, en 1874, Cipriano iba a recibir a un misionero interesado en catequizar a

su gente en su casa de Azul, pero cambió la cita por tener que ausentarse para ir a SU CHACRA. Si en la toltería rural Catriel controlaba su caballada, ganadería personal y parcelas sembradas de maíz y cebada, en el asentamiento urbano se aseguraba de resguardar a los suyos de las continuas arremetidas de especuladores y comerciantes que realizaban pingües ganancias. Los mecanismos eran simples: desde contratar gente por poca plata hasta venderles cualquier cosa al momento del cobro de los sueldos o comprarles por monedas la parte del aprovisionamiento del gobierno que les había tocado.

El coronel Alvaro Barros le escribe entonces al vicepresidente de la Nación anunciándole que Cipriano era 'más manejable que su padre y muy inclinado a NUESTRAS COSTUMBRES'. No quedan dudas que Cipriano heredó los beneficios materiales de su abuelo y su padre, a la vez que un lugar sociopolítico de privilegio respecto a otros caciques garantizado por una coyuntura no menos favorable que la que vivieron sus antecesores. No es extraño que Barros haya notado la inclinación de Cipriano hacia las costumbres de los blancos; su forma de vida y su vestimenta no diferían de cualquier hacendado bonaerense de entonces. Lejos había quedado el toldo, montar a pelo, comer carne cruda y dirigir un nguillatún, actividades que había mamado de pequeño. Del chalet en volanta a controlar sus bienes rurales, previo paso por el Banco Provincia para ver su cuenta, le gustaba alternar su vestimenta de hombre de campo con uniformes militares. Si la ropa de hacendado le transportaba hacia la figura de don Juan Manuel de Rosas, estereotipo bienvenido entre los pampas, la vestimenta militar debió inspirarle cierta ilusión de verticalidad y acatamiento en el poder, toda vez que su conducta cultural se alejaba día a día de la de un cacique prototípico.

Habitar un rancho en vez de un toldo, pero sin muebles y sentándose en el suelo, era una manera simple de estar a mitad de camino entre los blancos y los indios. Pero si en algún aspecto se denota con mayor claridad esa posibilidad de cabalgar entre los dos mundos es acaso en el idiomático. Armaignac, que tuvo la oportunidad de visitar la toldería de Catriel recuerda en sus memorias que "Después del festín, mientras el lenguaraz estaba jugando con los chicos, Catriel me dijo, en bastante mal español, que lo siguiera. Ambos nos dirigimos hacia un arroyuelo que corría a doscientos o trescientos metros de allí, y emprendimos una larga conversación. DELANTE DE TODOS, EL CACIQUE FINGIA IGNORAR EL ESPAÑOL Y, AUNQUE HABLARA SIN TROPIEZOS ESA LENGUA, SE HACIA TRADUCIR MIS RESPUESTAS AL IDIOMA PAMPA CUANDO AVENDAÑO O ALGUNA OTRA PERSONA ESTABAN PRESENTES.

Pero es probable que la peor jugada de Cipriano haya sido la ensayada en 1872, cuando es nombrado por el coronel de Elía Cacique Principal de todos los indios pampas amigos. Cuando parece que el mundo indígena comienza a transitar sus últimos pasos y es arrinconado por el poblamiento real del espacio y los adelantos en la producción pecuaria, de Elía intenta fortalecer la etnicidad de Cipriano. Con ello lo saca de las instituciones y del sistema, a la vez que lo enfrenta con sus pares, toda vez que el título lo reconoce como cacique principal de todos los pampas. Ese mismo año, concientemente o no, Cipriano colabora para que la balanza se vuelque hacia el lado de los blancos, fenómeno que indefectiblemente ocurriría. Cuando parecía que el vencedor de la batalla de San Carlos era nuevamente Calfucurá, la intervención de sus huestes fueron decisivas para que el ejército lo derrotara. Entonces, la dinastía catrielera pronosticó el futuro de su propio final. Según Rómulo Muñiz, aquél día Cipriano se impuso en primer lugar a sus indios (a muchos de los

cuales lanceó si no avanzaban), que estaban más dispuestos a pasarse a luchar de parte de sus hermanos de sangre que a combatirlos.

Los Catriel tenían los días contados. Entre los militares de la nueva época, el francés Ebelot cita al coronel Nicolás Levalle, quien se enemista seriamente con Juan José al mostrar una incómoda tarjeta de presentación. "El coronel quiso asistir a su distribución (de una ración llegada a Azul). Contó las vacas, midió el aguardiente, pesó el tabaco y, comprobando el déficit, preguntó severamente qué significaba eso. El proveedor exhibió el recibo de cacique. El coronel se apoderó del documento como elemento de prueba y lo envió al ministro de guerra. El incidente fue ruidoso; nada podía ser más desagradable para Catriel. Era su "lista civil" lo que se le confiscaba. Rezongó; los grandes personajes de la tribu rezongaron; pero los capitanejos de último rango y la vil multitud hallaron algo de bueno en las ideas del coronel."

Esta cita, más allá de señalarnos el principio del fin, encierra una pista probable a tantos interrogantes vertidos en estas páginas. El negociado de las raciones que enquistaba en el ámbito de la superioridad de la toldería, era como una gota milenaria que va desgastando la roca. No era un detonante, dado que la mayoría de los lanceros y gente de la toldería se encontraba en una clara situación de clientelismo dependiente con aquellos, pero era un motivo más de encono y que evidenciaba el debilitamiento vertical de los ligamentos étnicos en pos de los económicos

Cipriano pagó caro su complacencia con de Elía y su audacia política. En 1874 decide participar a favor de la revuelta encabezada por Mitre. Su tribu, o mejor dicho su sucesor

político, se adelanta algunas jugadas previendo la situación en que quedarían los catrieleros después del desacierto político de Cipriano. Según Cuadrado Hernández, Juan José completa su felonía informando en dónde se encuentra su hermano y hacia allí se destaca, como parlamentario, al capitanejo Mariano Moreno, para intimarlo a que deponga sus lanzas. Lleva instrucciones para que se prometa a Cipriano que no se le seguirá perjuicio alguno, a la vez que debe avisarle que Juan José ha sido nombrado cacique general en su reemplazo. Como respuesta, Cipriano, presa de incontenible iracundia, da orden al trompa Martín Sosa para que degüelle al emisario, la que cumple al instante y sin vacilar. El hecho provoca la violenta reacción de los indios sublevados los que, encabezados por un capitanejo Peralta, tratan de darle muerte. Pero el cacique, lanza en ristre, con Avendaño y algunos miembros de la familia, en total 12 personas y 32 vecinos de la zona que le acompañaban, defendiéndose con precarias armas se atrincheran en un potrero. Encontrándose en esa situación, Cipriano hace una patética confesión a uno de los sitiados: *“Yo quiero mucho a los cristianos, y yo también lo sería; pero entonces mi gente no querría ser gobernada por mí. Y si consiguiera que mi gente se cristianase, entonces el gobierno haría soldados a todos mis pobres indios; es por eso que no me conviene. Yo tengo a mi hijo estudiando, y cuando aprenda será mi secretario, y entonces uno de mi sangre me dirigirá”*

No había tiempo para que se cumplieran los anhelos de Cipriano. La indiada, que recordaba aún la batalla de San Carlos, vio en aquella acción una señal clara de justicia por parte del nuevo Catriel que tomaba la posta. Juan José, que hasta entonces había dedicado el tiempo a sus numerosas haciendas, encabeza la matanza y toma el poder intentando hacerse del control de los suyos. La guerra con Paraguay dilató la tranquilidad un lustro ocupando a las fuerzas de un Estado en formación en otros problemas mayores que los indios. Pero el

poblamiento incrementado por los gringos y el progreso aceleran los tiempos del cambio, y Juan José Catriel se encuentra más descontextualizado que sus antecesores. Le resulta difícil mantener un equilibrio creíble entre su riqueza y la pobreza de la gente que lo sigue. Es un hacendado que no sería recibido entre sus pares de la sociedad rural ni podría mantener sus bienes sin sus lanceros, pero que tampoco está dispuesto a compartirlos.

El año 1875 será decisivo. La inmigración aumenta el número de arribos y la ley de colonización es casi una realidad; la crisis del ovino hace tres años que invita a retomar la ganadería como empresa fundamental, al mismo tiempo que el alambrado y los primeros cultivos avanzan sobre el centro sur bonaerense. En medio de aquel escenario, el Dr. Alsina, Ministro de Guerra, intenta equiparar a aquellos indios amigos a la condición de guardias nacionales, móviles y sujetos a clara disciplina militar en el ejército nacional de reciente formación. Para que aquellos sea una realidad, los desaloja de los campos que ocuparon durante casi medio siglo. Alsina cita a Juan José Catriel a parlamentar, anticipándole que no habría pago de raciones atrasadas ni concesiones extraordinarias bajo ningún concepto.

Los catrieleros en toda su extensión, cacique y capitanejos, lanceros y chusma, empiezan a comprobar que lo que siempre habían sospechado, la inviabilidad de la empresa iniciada por Catriel el Viejo en 1820, era una realidad palpable. El blanco había solucionado otros problemas lejanos y estaba dispuesto a aplicar toda la energía en terminar con ellos. Juan José Catriel, en un intento tan desesperado como desesperanzado, se une en malón con las divisiones de Namuncurá, Baigorrita y Pincén. Por corto tiempo, volvieron a repetirse las escenas de malones, saqueos, incendios y muerte de los años 1855-56.

La confusión de Juan José es diferente a la de su indiada. No puede salvar sus bienes y su

gente, pero tampoco salvar sus bienes sin su gente. No tiene una estancia donde pastar su ganado y donde guarecerse para alejarse de mundo de la politiquería y los negocios sucios que le ofrece el blanco. Pero además, tiene una responsabilidad ancestral con su gente. Aquellos esperan una respuesta suya para actuar y el abanico de alternativas es limitado. El sabe que Alsina o el que le suceda no sólo le arrebatará los bienes que pudo reunir su familia desde épocas de su abuelo y su padre, sino que también le expulsará de cualquier sitio productivo adonde se asiente. Sólo queda enfrentar al blanco y con la convicción de que las parcialidades que aún resisten están muy debilitadas. La zanja de Alsina es todo un símbolo, más allá de la efectividad o no de su construcción, de la decisión del gobierno patrio de terminar con el problema de que ni un solo animal más tome el camino de las rastrilladas. Argentina está inmersa en el comercio internacional y el país necesita orden para que venga el progreso. Los indios son un claro indicio de desorden del mercado de tierras y de trabajo.

En 1875, Juan José Catriel intenta trasladar su gente y salvar sus riquezas. Ebelot relata la invasión que le pilló en el fortín Aldecoa ese año y agrega una nueva pista de la dimensión pastoril de Juan José.

"A eso de las diez, una nube de polvo nos anunció que la invasión llegaba. Pronto se distinguió el mugido de los vacunos, y cosa más inquietante, el balido de las ovejas. [Catriel] venía pues arriando sus propias ovejas y todas las que encontró en el camino. Serían unas treinta mil... Durante cuatro horas vimos sucederse las selvas de lanzas y las inmensas tropas de vacas y de caballos. Había por lo menos 150.000 cabezas de ganado"

Finalmente, los catrieleros se instalan en Treycó, situado en plena pampa, a dos días de marcha desde Puán. Un año más tarde, en noviembre de 1877, los jefes de la guarnición al mando de Alsina que se encontraban en la línea de fortines avanzan sobre sus tolderías, pero Catriel se encontraba en otro sitio. Relatando el asalto final del ejército a la tribu de

Catriel Ebelot recuerda. “Esto es, poco más o menos, cuanto vislumbré de la lucha, si aquello pudo llamarse lucha. Pocos indios pensaron en defenderse Estaban aturridos. Habían prestado sus últimos caballos buenos a los cazadores. (que habían salido de boleada) Algunos ganaron a pie el bosque. Hubo que hacer una batida para prenderlos. Las mujeres se dejaban tomar, sollozando estruendosamente, aunque en el fondo no les desagradaba la aventura; las más francas confesaron después. Toda esa gente se estaba muriendo de hambre.

A eso de las once, después de cabalgar de toldo en toldo, el comandante García hizo tocar a reunión en el sitio que había elegido para cuartel general. Era un valle estrecho, en las proximidades de un chorro de agua que daba frescura a aquellas tierras arenosas. Algarrobos archiseculares sombreaban sus laderas. Por lo demás, el agua era salobre y la hierba escasa. Era, sin embargo, lo mejor que ofrecía Treycó. Muy pobres de animales debían estar los indios para elegir semejante guarida, donde no hubieran podido sobrevivir rebaños numerosos. Caballos, no les tomamos ni trescientas cabezas. En cuanto a vacunos, como la hora del almuerzo se acercaba a grandes pasos, se descubrieron al fin tres vacas lecheras y un toro.

Pronto se vio desembocar de todas partes los convoyes de prisioneros. Siempre es éste un espectáculo entristecedor, sobre todo cuando predominan las mujeres y los niños. Lo hacía más lamentable aún la asquerosa miseria que abrumaba a aquella pobre gente. Llegaban en largas filas, casi desnudos. Se sacrificaron algunas yeguas para alimentar a todo ese mundo. Casi las devoraron crudas. Por lo que vimos, los indios habían llegado al extremo de comerse los cueros de vaca de sus tiendas. No tardó en haber más de trescientos prisioneros amontonados a la sombra de un bosquecillo de algarrobos. De ese número, los hombres en estado de portar armas, eran solamente setenta.

Los catrieleros, como tribu de guerra, habían dejado de existir. Algunos indios llegaron para entregarse durante los días siguientes, comprendiendo que todo estaba terminado. En los toldos habíamos dejado un anciano y una anciana, con algunos víveres, encargados de anunciar a los sobrevivientes que quienquiera se sometiera salvaría su vida y tendría alimentos. Varios días después supe en Patagones, que el cacique Catriel había acampado cerca de un puesto cristiano del río Colorado, por lo menos a cien leguas de Puán. Había solicitado alimentos. Para suministrárselos hubo que hacer un censo de la tribu. Todo comprendido ya no sumaba sino quinientas ochenta y cinco almas, lo cual no significaba ni noventa lanzas y era la décima parte de sus fuerzas de dos años atrás, cuando por tener que distribuirles tierras tuve en las manos un testimonio exacto de la cantidad de miembros que componían la tribu.

Poco después, el cacique Juan José Catriel se presentó al Fuerte Argentino, rindiéndose.

Conclusiones

Como hemos visto en el trabajo, el ejercicio de utilizar la biografía de Juan Catriel y dos de sus hijos para reconstruir aspectos socio-económicos y políticos de un período crucial para la Argentina, resulta un aporte tan modesto como interesante. Lo modesto proviene de las limitaciones para ordenar una biografía de un personaje realizado por aportes de aquellos que de uno u otro modo lo veían como un amigo sólo ocasional o un enemigo a conquistar. Sin embargo, la limitación principal no deviene de contar aquí con la visión de sus opositores, cosa que sucede muy a menudo a lo largo de la historia de los blancos, sino porque el personaje que nos interesa nace y se mueve en un mundo ajeno a

quienes escriben sobre él. Hemos ensamblado, pese a ello, una reconstrucción de vida donde tanto el que observa y el observado cambian a veces en forma radical.

Entre otras conclusiones, podríamos señalar que más allá de la ganancia en metálico y el acercamiento al mundo blanco que les brindaba el otorgamiento de un grado militar, fue el orden (en la marcha o en las formaciones) y la verticalidad del poder que Juan Catriel observara en el Ejército lo que les atraía. La permisividad de que capitanejos y caciquillos ostentaran cargos de sargentos (incluso cobrando sueldo) y llevaran uniforme militar, debió conferir la cuota de aceptación necesaria entre el resto de la indiada.

Respecto al rol de hacendados, el lector estará de acuerdo en que fue quizá la parte más natural de la transformación experimentada al interior de la dinastía. Cuando media el siglo diecinueve, hacía mucho tiempo que el poder de los caciques se sustentaba en la posesión de ganado. De ser virtualmente dueños (al menos era él quien disponía los resultantes del negocio) de un arreo de varios miles de cabezas de ganado hasta Chile a poseer ese ganado pastando en una región más o menos circunscripta había unos pocos pasos. No eran fáciles, sobre todo teniendo en cuenta lo que ocasionaba para la indiada en general: desmovilización; semi sedentarismo, etcétera. Pero no eran imposibles existiendo cierto consenso de parte del generalato y por ende de varios sectores del mundo blanco ligados a esa producción.

De todos modos, hemos visto que la decisión originaria de Juan Catriel “el Viejo” de acercarse al mundo blanco encerraba el germen de su propia destrucción. Ebelot nos brinda una pista que puede resultar interesante. Surge cuando él mismo se pregunta por qué Catriel

u otros caciques no tomaban decisiones de castigar a su gente cuando un blanco se quejaba de algún robo o infracción claramente realizada por los indios a su cargo. "Había otro motivo -comenta Ebelot- poco confesable y por consiguiente decisivo. La tribu se alimentaba a costa del Estado, pero las distribuciones de víveres secos y ganados en pié no eran diarias; se efectuaban a intervalos irregulares, según el hábito de desorden caro a la administración pública argentina. Gracias a misteriosos tratos con el proveedor, el cacique recibía en especies solamente una cuarta o quinta parte de las raciones y daba quitanza del total a cambio de una renta en dinero que le servía para sostener su boato. La tribu, pues, para subsistir durante tres meses no tenía más que las provisiones que, economizadas, habrían podido mantenerlas tres semanas. Como la previsión no es cualidad predominante en los salvajes, éstos se veían a los ocho días frente a la alternativa de morirse de hambre o ponerse a cazar bienes ajenos."

Los catrieleros no tomaron sólo símbolos y aspectos de la parafernalia del mundo blanco, también copiaron conductas. La dinámica del capitalismo es el crecimiento ilimitado, y Catriel fue presa de esa lógica, tan ajena como perjudicial al mundo de la tolderías. En su tribu había diferencias de estatus antes del contacto, que duda cabe; pero si la adopción del caballo introdujo un elemento que incrementó las diferencias entre indios ricos y pobres, la tenencia de ganado y metálico en el banco (a expensas de la pobreza de su gente) socavó irremediamente su base clientelística. Que Cipriano tuviese que matar a parte de sus propios lanceros por que no querían atacar a Calfucurá en la batalla de San Carlos es una prueba contundente de que su base de poder estaba deteriorada hasta límites hasta entonces insospechados.

Bibliografía:

Aunque la bibliografía sobre el tema es más extensa que la que aquí se recomienda, para quienes quieran abordar algún trabajo que amplíe los conceptos fundamentales y marcos teóricos básicos que giran en torno a la temática sobre frontera e indígenas, resultan imprescindibles los trabajos de Raúl Mandrini (1987, 1992a, 1992b, 1994); Miguel A. Palermo (1986) y Silvia Ratto (1994).

Para ampliar sobre aspectos de la vida de Catriel y su familia, como así también sobre los contactos con el blanco se pueden consultar los trabajos de Cuadrado Hernández (1974); Alfredo Ebelot (1968); Alberto Sarramone (1993); Victoria Pedrotta y F. Gómez Romero(2002); Rómulo Muñiz (1966); H. Armaignac (1976) y Alvaro Barros (1957). Para el lector que quiera incursionar en costumbres de los indios pampas en general, se recomiendan los trabajos de Miguel Ángel González (1967); Juan G. Durán (2002), especialmente para aspectos religiosos y creencias y Federico Barbará (1944), para conocer un poco sobre su lengua y los principales vocablos.

Armaignac, H (1976): VIAJES POR LAS PAMPAS ARGENTINAS. CACERÍAS EN EL QUEQUEN GRANDE, 1869-1874. Buenos Aires, EUDEBA.

Barbará, Federico: (1944): MANUAL DE LA LENGUA PAMPA. Buenos Aires, Emecé Ediciones.

Barros Alvaro (1957): FRONTERAS Y TERRITORIOS FEDERALES DE LAS PAMPAS DEL SUR, Buenos Aires, Ed. Hachette.

Cuadrado Hernández, G (1974): "La dinastía de los Catriel" en TODO ES HISTORIA. Año VIII, n° 91.

- Durán, Juan G. (2002): EN LOS TOLDOS DE CATRIEL Y RAILEF, 1874-1876. Buenos Aires, Publicaciones de la Facultad de Teología.
- Ebelot, Alfredo (1968): RELATOS DE LA FRONTERA, Bs.As., Ed. Solar-Hachette.
- Gonzalez Miguel H. (1967): CATRIE MAPU. MONOGRAFIA SOBRE LOS CATRIEL. Museo Etnográfico de Olavarría.
- Mandrini, Raúl: "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX) en ANUARIO DEL IEHS 1, Tandil, UNCPBA, 1987.
- Mandrini, Raúl (1992a): "Pedir con vuelta. ¿Reciprocidad diferida o mecanismo de poder? en ANTROPOLOGICAS. Nueva Epoca, UNAM.
- Mandrini, Raúl (1992b): "Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX): balances y perspectivas" en ANUARIO IEHS 7, Tandil, UNCPBA.
- Mandrini, Raúl: "¿Sólo de caza y robos vivían los indios...? La organización económica de los cacicatos pampeanos del siglo XIX" en SIGLO XIX.REVISTA DE HISTORIA, 2ª Epoca, nº 15, México, 1994.
- Muñiz, Rómulo (1966): LOS INDIOS PAMPAS, Bs.As., Ed. Bragado.
- Palermo, Miguel: "Reflexiones sobre el llamado `complejo ecuestre´ en la Argentina" en RUNA. ARCHIVO PARA LAS CIENCIAS DEL HOMBRE. vol. XVI, Bs.As., ICA, UBA. 1986.
- Pedrotta, Victoria y Gómez Romero, F.(2002): "Juan Catriel visita Buenos Aires" en TODO ES HISTORIA, Buenos Aires, nº 416, Marzo.
- Ratto, Silvia: "El `negocio pacífico de los indios´: la frontera bonaerense durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas (1829-1852)" en SIGLO XIX. REVISTA DE HISTORIA, 2ª Epoca. nº 15, México, 1994.
- Sarramone, Alberto(1993): CATRIEL Y LOS INDIOS PAMPAS DE BUENOS AIRES,

Azul, Ed. Biblos.